

Palabras para la patriota olvidada

Judith Nieto López



Tecla Walker, *Retrato de Manuelita Sáenz*, copia de acuarela de Marcos Salas, Casa Museo Quinta de Bolívar, Bogotá.

Manuela Saéncz nació el Día de los Santos Inocentes de 1797 en San Francisco de Quito, y murió el 23 de noviembre de 1856 en el olvidado puerto de Paita, al norte del Perú. Llegó al mundo sin complicaciones físicas, pero con el estigma social de ser la hija extramatrimonial de don Simón Sáenz de Vergara y Yedra, quien se desempeñara como teniente de la

Segunda Compañía del Regimiento de Milicias Disciplinadas con sede en Popayán, y doña Joaquina Aizpuru y Sierra, una criolla quiteña. Fue bautizada bajo la costumbre católica en Amaguaña, pero su partida de nacimiento no fue asentada ni en las parroquias de Quito, ni en las de los alrededores. Cincuenta y nueve años después ella sucumbió ante la peste, insignia izada de la muerte que ataca la garganta y entumece la palabra. Nadie la lloró, sólo las olas del mar que vieron llegar su cuerpo escribieron un epitafio de agua y le dieron el adiós.

Así fueron el comienzo y el final de la vida de quien fue halagada por su hazaña patriota y condenada por atreverse a incursionar en la vida pública, también por amar al Libertador Simón Bolívar, acogida por los integrantes del ejército libertador, perseguida por Santander y el gobierno de Bogotá a fines de julio 1830, y con orden de expulsión de Bogotá firmada por don Lorenzo Lleras, el 13 de enero de 1834. En abril del mismo año es desterrada; infortunio que padece al igual que su padre y el Libertador. En adelante, muchas serán las voluntades que se opondrán a que una puerta se abra para la heroína peregrina. Más de

una frontera se cierra a su paso, hasta su patria se niega a recibirla; Vicente Rocafuerte, quien para el momento fuera presidente del Ecuador, firma otro comunicado que prohíbe la estadia de Manuela Sáenz en el país, e incluso el salvoconducto firmado por su compatriota Juan José Flores, para que ella pudiera regresar a Quito, fue desatendido por el jefe de Estado ecuatoriano, quien reafirmó su decisión de hacer retornar a las viajeras, a Manuela y a sus dos esclavas, apoyado en un doloroso y calumnioso comunicado:

“(…) y por el conocimiento práctico que tengo del carácter, talentos y vicios, ambiciones y prostitución de Manuela Sáenz, ella es la llamada a reanimar la llama revolucionaria; a favor de la tranquilidad pública, me he visto en la dura necesidad de mandarle un edecán para hacerla salir de nuestro territorio, hasta tanto que la paz esté bien consolidada” (Cuervo, 1925: 213-214).

El 11 de noviembre de 1835 desembarcaron las viajeras en el puerto desde el que se miraba la única calle del poblado cubierto de calor y de un techo de polvo que dejaba adivinar la ausencia de lluvia. En Paita nunca llueve y sobre este suelo seco se instaló esta mujer con lo que le quedaba de su vida. A partir de este instante empezaron a transcurrir veintiséis años de despedidas definitivas, soledad y tristeza para quien el recuerdo de su amado no llegó a ser suficiente remedio en la cura de la herida ocasionada por su pérdida, pérdida de amor de la que

no se sobrepuso la mujer que, como el Libertador, terminó condenada a la soledad, la enfermedad y la muerte, luego de que su propia patria le negara su entrada. Los fanatismos históricos silenciaron su voz y se encargaron de hacer cenizas la memoria de una mujer activa en tiempos de la Independencia, y razón de escándalos procedentes de su desobediencia a las rígidas costumbres de la época y de su rebeldía frente a la sumisión propia de la vida femenina en atención a los postulados patriarcales.

Desde su nacimiento, el rechazo hizo presencia en la vida de Manuela Sáenz. El desconocimiento de su registro bautismal fue el primer repudio social que recibió; la marca más clara de exclusión para quien apenas ingresa al mundo. Segregación que demuestra, además, el mundo de prejuicios que hacían parte de la sociedad quiteña y el papel decisivo de la iglesia al tomar o rechazar las almas que le eran presentadas. La paradoja surgió en el momento del bautizo de la hija expósita: el rito religioso se cumple, pero el reconocimiento se niega. Discriminación que Manuela se propuso domeñar a lo largo de su vida, reivindicación tras la que se movió esta mujer durante toda su vida. Ella luchó, no para ser tenida en cuenta como católica, sino como hija de Quito.

También la adversidad marcó la vida de Manuela. Perdió a su madre a menos de un mes de nacida y, en consecuencia, fue llevada al monasterio de la Concepción, lugar donde don



Enrique Brunning, Iglesia San Francisco de Paíta, finales del siglo XIX.

Simón Sáenz entregó a Fary Mariano Ontaneda la, para entonces, cuantiosa suma de “un mil pesos, para la crianza de la niña” (Cacua, 2002: 51). A los siete años fue internada en el convento de Santa Catalina, donde recibió la formación dirigida a las mujeres: aprendió a leer y a escribir correctamente, a contar y calcular con agilidad, a coser, bordar y zurcir, a preparar dulces exquisitos y a elaborar complicados tejidos.

Entre ilusiones (sólo entre ilusiones) hizo su ingreso el amor en la vida de esta mujer. Un comerciante de origen inglés y de nombre James Thorne se enamoró perdidamente de la hija del Señor Sáenz, sentimiento que ella no correspondió aunque debió casarse con

él el 27 de julio de 1817 en la iglesia de San Sebastián, situada en un prestigioso barrio limeño. Desconocía Manuela lo fugaz que sería su nuevo estado civil; su corazón de apenas veintidós años no sospechaba que ese hombre inglés, que la doblaba en edad, era el iniciador de su pesadilla. Una pesadilla de amor.

Transcurridos apenas tres años aparecieron los desacuerdos entre el matrimonio Thorne-Sáenz. La distancia se hizo visible entre la pareja unida sin amor aunque con una significativa dote de por medio. Entre tales desacuerdos figuró la decisión de la señora Sáenz de vincularse a la causa de la Independencia al colaborar con el Ejército Patriota, ante lo cual Thorne reaccionó con molestia, prohibición y rechazo. La distancia entre los esposos era enorme, aunque la ruptura tardó en ser definitiva. Manuela optó por la lucha independentista, por ella dejó a su marido y protagonizó un escándalo social que marcó toda su vida.

El 16 de junio de 1822 la ciudad de Quito estaba de fiesta: Ecuador había sido ganada para la causa emancipadora. En el fragor de la celebración, los corazones de Bolívar y Manuela empezaron un requiebro de amor, después de que ella le lanzó un ramo de flores desde el balcón de la familia Larrea. Las miradas fueron el anuncio del amor definitivo, del por siempre censurado amor por el que ella padeciera, del amor vivido y “libre” para él, pues ya estaba viudo luego de su breve matrimonio con doña María Teresa del Toro.

Se trató del segundo, definitivo y último amor para Manuela, el mismo que le deparó grandes sufrimientos, además de la histórica censura por la que es recordada la patriota quiteña. Después de Bolívar, no hubo otro amor en la vida de la mujer que no se ocultó para hacer lo demandado por su deseo. Por eso viajó al lado de Bolívar durante los ocho años que le restaban de vida a él. Manuela fue la mujer de la espera; Bolívar, el hombre de la partida constante.

Tras despedirse del Libertador el 8 de mayo de 1830, cuando él emprendió la ruta a Santa Marta, Manuela, quien un día fue su libertadora, soportó algo más que el decisivo adiós. La población se fue en su contra y la criticó sin consideración. El Libertador partió y con su despedida murió toda esperanza para Manuela.

A la separación obligada del hombre a quien amó y sirvió, siguieron para Manuela Sáenz las persecuciones, los procesos jurídicos, los encarcelamientos y el destierro inminente que la condujo en medio de exilios al lejano puerto de Paita. Allí la esperaban el Pacífico de aguas oscuras, las más de dos décadas que sobrevivió a Bolívar, en medio de un luto concluyente, la pobreza extrema que enfrentó vendiendo dulces y la “fiebre”, el mal que llegó al puerto en un barco ballenero los primeros días de noviembre de 1856.

En el puerto nadie pensó que una mañana llegaría la muerte colectiva izada en el mástil de un barco. Un

marinero fue el portador del “ardor” de la peste cuyo sello era la difteria, enfermedad propagada con la fuerza de un huracán del que sólo se sabe cuando comienza.

El domingo 23 de noviembre de 1856, al caer la tarde, Manuela Sáenz sucumbió. Nadie la lloró, las olas del mar que la vieron llegar escribieron un epitafio de agua y le dieron el adiós. Así se apagó la vida de quien fuera más de los viajes que de la casa, quien saboreó el amor sin correspondencia y por esta causa padeció el destierro. Así fue Manuela Sáenz Aizpuru (Quito 1797, Paita 1856), quiteña de tanto pasado, capaz de tanto presente.

Adenda

De las cenizas, postrera promesa de tiempo, brota despejado su recuerdo. Pienso en el por mí desconocido puerto de Paita e imagino su mar en calma, remoto, como a la espera de una carga de condenados venidos de un tiempo extraviado y pasado. Hago memoria de la mujer que lo atravesó para prenderse de su orilla de arena y no veo otro destino que retener lo aprendido y venido de los brazos del agua, a pocos días de la peste y las cenizas...

Referencias

- CUERVO, Luis Augusto, *Apuntes historiales*, Bogotá, Minerva, 1925.
- CACUA PRADA, Antonio, *Manuela Sáenz. Mujer de América*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, Biblioteca de Historia Nacional, 2002.
- NIETO, Judith, *De literatura e historia: Manuela Sáenz, entre el discurso del amor y el discurso del otro*, Bucaramanga, Ediciones Universidad Industrial de Santander, 2006.

Judith Nieto López es Doctora en Ciencias Humanas. Mención: Literatura y Lingüística de la Universidad Austral de Chile. Actualmente es Profesora Titular de la Universidad Industrial de Santander (UIS), Escuela de Filosofía. Escribió este artículo especialmente para la *Agenda Cultural*. Correo electrónico: junilo@uis.edu.co.